



CUBAS
—
LA CASA
DE LA CALLE
DE PANADEROS

RUY-RAM



V.79
E



A-1299

LA CASA

DE LA

CALLE DE PANADEROS

NOVELA ORIGINAL

DE

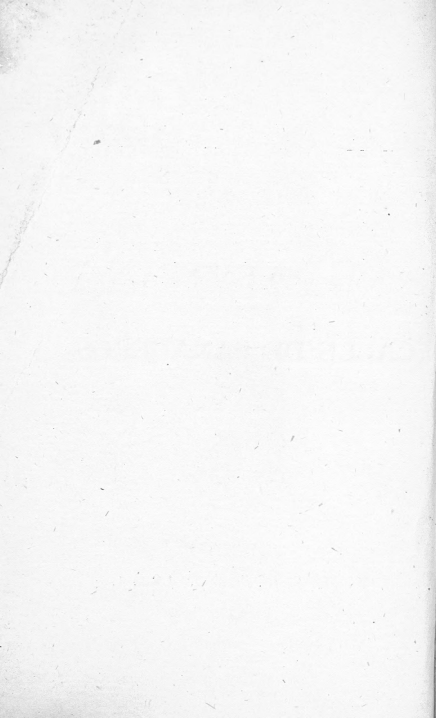
(MANUEL) CUBAS



MADRID

Admon.: Justa, 30 dup., 4.º dra.

1884



614
Panaderos

R/
38177

2010

LA CASA

DE LA

CALLE DE PANADEROS



LA CASA
DE LA
CALLE DE PANADEROS

NOVELA ORIGINAL

DE

MANUEL CUBAS



MADRID

Admon: Justa, 30 dup., 4.º dra.

1884

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

DOS PALABRAS AL LECTOR

Ni un solo momento hemos titubeado en dar al público esta obra, á pesar de saber de antemano el desdén con que será acogida por los moralistas de oficio, que la calificarán duramente, y que de buena gana la condenarían al fuego, llenos de la más santa indignación. Como relatamos historia, no tenemos la culpa de que esta historia sea tal cual es; y puesto que el mal existe indudablemente, y es harto conocido, más culpa tiene quien lo practica y tolera, que quien sencillamente lo relata. No se favorece el bien tapando cuidadosamente el mal, sino poniendo éste al descubierto, para que todos le vean, para que inspire horror y para que le eviten. Por eso es costumbre en todas las poblaciones cultas, y aun está mandado por la autoridad, que donde haya una zanja, derribo ú obstáculo cualquiera, se coloque un farol que advierta el peligro á los transeuntes. Por esto, y convencidos de que el fin que este libro se propone es eminentemente moral, pese á los que se horrorizan en público y se huelgan en secreto, y cuya lectura repugnarán muchos que no saben leer, no hemos titubeado en darle á la estampa, á pe-

sar de su escaso valor literario; persuadidos de que, á pesar de su estilo humorístico, y tal vez á causa de este mismo estilo, prestamos á la moral un verdadero servicio. Y firmes en nuestra idea, creemos que libros de esta especie valen más, por poco que valgan, que todas esas novelas traducidas del francés ó servilmente imitadas por nosotros, con que los editores y folletinistas han invadido nuestro mercado literario, corrompiendo el gusto con sus páginas insulsas y lances de formulario, y hasta con sus atroces adulterios, violaciones, estupro é incestos, que ponen el cabello de punta y hacen apartar la vista con horror y el estómago con asco. Ahora, que los susodichos moralistas de relumbrón la muerdan cuanto quieran, que para eso sale á luz, y háganlo sobre seguro, que no hemos tomado la precaución que con sus versos quería tomar, para que sus enemigos no les mordieran, el primero de nuestros satíricos escritores del siglo de oro de la literatura.



PRÓLOGO

Todos la hemos visto
construir de nueva planta;
y como ya se sabía la *in-*
du stria á que se destinaba, que era la
m isma que su vieja y destartalada an-
t ecesora, apenas se vió que los alba-

ñiles, siguiendo una costumbre tradicional, colocaron la bandera sobre el tejado para que el dueño los diese una gratificación, profetizaron todos que tendría un éxito asombroso bajo el punto de vista mercantil, y que dejaría famoso renombre en los fastos madrileños.

El tiempo se ha encargado de dar la razón á los profetas. Cuéntase que ha hecho rico al propietario, que no trocara su finca por el palacio de los Césares, y es conocida de todas las clases de la sociedad, altos y bajos, grandes y chicos, ricos y pobres, porque á todos ofrece seguro asilo y á todo se pliega; y es seguro de que ha de quedar, mientras esté en pié, y después su recuerdo, como un monumento digno de una época marcadamente positivista y entregada por completo á los goces materiales.

La casa está construida *ad hoc*. El arquitecto que ha trazado los planos bajo la dirección y con arreglo á las

observaciones de los industriales dedicados á beneficiarla, y que debían ser prácticos en la materia, ha demostrado, á pesar de las ajenas inspiraciones, sus profundos conocimientos, consiguiendo sacar de un terreno de poca extensión, todo el partido que el propietario más exigente pudiera apetecer. Apenas cuenta algunos metros de fachada y de fondo, y es asombrosa su distribución celular, su doble escalera, hábilmente combinada, su ingenioso sistema de pisos en ziz-zag para utilizar la elevación que las Ordenanzas municipales limitan, el aprovechamiento de luces interiores, y todo, hasta el más pequeño detalle, revela profundo ingenio, larga experiencia, estudio detenido, cálculo asombroso. No tiene cocinas, ni hacen falta, porque no se ha de guisar; pero tiene abundante dotación de aguas, surtidas por tantos grifos como compartimientos.

Su exterior no revela particularidad alguna; parecen dos por fuera, pero

son una por dentro, con sus balcones á la moderna y sus persianas pintadas, su enjabelgado de los comunes, su portal adecentado, su cancela de cristales de colores, su portería especial, única, típica y característica; todo modesto, todo sencillo, como una casa de vecindad de burgueses acomodados.

Los alquileres se pagan al contado, pero nada de anticipo, nada de fianza, lo cual debiera imitar todo el respetable gremio de caseros; nada de exigencias descabelladas ni amenazas de subir el precio, nada de demandas ni juicios de desahucio, y por último, ¡increíble parece tratándose de propietarios! no se presentan nunca á sus inquilinos; rasgo notable de exquisito tacto, modestia asombrosa en una clase que gusta de exhibir sus personitas ante sus vasallos y alardear de su soberanía. No conoce el inquilino más que una mano, que la punta de unos dedos que entregan un llavín con un colgajo de hoja de lata numerado en

relieve; que una voz que habla poco, lo absolutamente indispensable; mano y voz que se adivinan al punto ser femeninas, y esto es todo el recibo de inquilinato, contrato verbal y á la buena fe de ambas partes contratantes, y sin ese fárrago de condiciones que en tales documentos se estipulan, ni artículos al margen de la ley de Enjuiciamiento civil. Las mudanzas se verifican sin ruido ni molestias á los demás vecinos; sin que el propietario se queje de que se van debiéndole tantas ó cuantas mensualidades; sin que el portero les diga *la del humo*, antes bien deseando verles con frecuencia, y sin tener que dar parte al alcalde de barrio ni demás zarandajas municipales que hacen perder un tiempo precioso.

Esta casa es un pandemonium, un compuesto abigarrado; y á pesar de sus pocos años cuenta una historia dilatada de aventuras increíbles, de sucesos extraordinarios, de rasgos humo-

rísticos, y hasta de algo más serio. Lo ha recorrido todo, desde el sainete hasta la tragedia, desde la pintura heróica hasta la caricatura. La estadística es un ramo muy atrasado en nuestro país; una sección de ella dedicada á la casa en cuestión, sería en extremo curiosa é instructiva. No se han escrito sus anales, y es una lástima; pero la tradición conserva lo más digno de referirse, y vamos á referirlo antes que el trascurso del tiempo lo sepulte en el polvo del olvido, ó que escritores sin conciencia alteren la verdad y sólo dejen dudas y errores á las edades venideras.

Manos á la obra, y adelante.



I

EL CAMASTRÓN

Por más que digan
los llorones y pesimis.

tas que sólo hemos venido á este mundo para padecer, es indudable que hay seres privilegiados que han venido única y exclusivamente para gozar.

Tal era don Andrés, cuyo apellido no hace al caso, y que tal vez sería uno de esos muchos patronímicos acabados en *ez*, que siguen al nombre de pila de las tres cuartas partes de los españoles.

Este afortunado mortal nació con buena estrella, de pié, como suele decirse, predestinado á cruzar la vida por senderos de flores, y de flores sin espinas; egoísta é indiferente á cuanto no tenía directa relación con su persona, ávido de placeres materiales, lascivo como el mono, especie de priapo con levita, tipo del sardanápalo burgués.

Frisaba en los cincuenta: estaba fresco y coloradote, jamás le abandonó su salud de hierro; poseía bienes de fortuna adquiridos en empresas y negociaciones cuyo pormenor era un secreto; su carácter jovial y dado á la bullanga; su instrucción bastante limitada y

reducida al barniz adquirido con el frecuente roce de una ciudad populosa; sus ademanes bruscos y altaneros; respiraba tanto orgullo como lujuria, y vestía con cierta ostentación, siempre de fino, con buenos paños, sombrero reluciente, botas flamantes, camisa de irreprochable blancura, inseparable bastón de caña de Indias, dijes, gemelos, sin que nada de todo esto bastase á disfrazar su persona, tan vulgar como su nombre y apellido.

Poseía en completo ramillete, y de cada vez más desarrollados con la edad, los siete pecados capitales, y muchos secundarios, sobresaliendo entre todos el de la lujuria, nacido, á la vez de su organización, de su caracter y de su posición social.

Entregado por completo al barro de su materia, estaban demás para él todos los goces del espíritu. Una obra de arte no lograba fijar su atención un minuto; un buen libro sólo le merecía ser mirado por el forro; una acción he-

roica apenas contraía su semblante; el espectáculo teatral no lograba distraerle un cuarto de hora; la música no era, en su opinión, más que un ruido como otro cualquiera, y las flores una cosa vulgar que produce la Naturaleza, lo mismo que produce las ortigas y los cardos. Gustaba, sin embargo, de las corridas de toros, por lo que tienen de brutal, sin duda.

En cambio, su entusiasmo se despertaba delante de una buena mesa provista de excelentes manjares y exquisitos vinos; á la vista de un montón de onzas de oro, ó al simple relato de un gran caudal, y sobre todo crecía de punto delante de una mujer que despertase su sensualidad. Para esto no era muy escrupuloso, ni se necesitaba mucho, pues se despertaba el fuego de su sangre con pasmosa facilidad y asombrosa frecuencia, á cada minuto, á cada paso, en todas partes, y se despertaba puramente material, sin poesía, sin necesitar la individua poner en juego

los recursos de la seducción y de la coquetería, bastando el aliciente de sus formas ó la sospecha de encantos materiales. Amaba á la mujer por la mujer, sin más ilusión que la del momento, por estímulo de la carne, y jamás por la poesía del amor, como un instrumento de placer grosero que se arroja después desdeñosamente y con hastío momentáneo, porque bastan algunos momentos de reposo, ó simplemente un cambio, para despertar de nuevo toda su salvaje liviandad.

Eran innumerables sus conquistas, ó más bien las víctimas más ó menos inocentes y voluntarias de su brutal lujuria; se alababa de sus hazañas, de sus recursos de seducción, de la facilidad de sus triunfos, y sobre todo de no costarle caro, á veces ni un real, la satisfacción de su apetito por la mujer.

Para conseguir su objeto, se armaba, según confesión propia, de un raudal de elocuencia, probablemente á su modo; no era escaso de promesas ni de

elogios á sus bienes de fortuna, procurando aparecer rico y desinteresado, pródigo y generoso; hacía que, como por casualidad, sonase el bolsillo del chaleco, ó sacaba á relucir su magnífico reloj de oro á cada instante; y si todo esto era insuficiente, apelaba á medios mayores, á medidas violentas, á empellones; y ya de un modo, ya de otro, conseguía la victoria y escurría despues el bulto.

Dar un *mico*, segun su fraseología especial, era el complemento supremo de su hazaña, digno de ser esculpido en mármoles y bronces, y de ser celebrado en el café en medio de un corrillo de amigotes.

Porque nuestro hombre tenía muchos, tan estúpidos, que aplaudían sus demasías y le animaban con sus risotadas, aunque, en cambio de su servil adulación, jamás tuvieran que agradecerle un vaso de agua. Don Andrés era tacaño en el fondo, á pesar de su ostentación, apegado al dinero, porque

ya hemos dicho que estaba dominado por todos los pecados capitales, y la avaricia es uno de ellos; tan dueño de su persona y de su sangre fría, que era imposible sorprenderle con la petición del más insignificante préstamo. Jamás tuvo acreedores, porque jamás necesitó que nadie le diese una peseta; ni jamás tuvo deudores, porque á nadie dió un ochavo, aunque se lo pidiesen de rodillas y en cruz. Desconocía por completo la palabra *limosna*; á los mendigos que al paso le salían tendiéndole la mano, ni aún contestaba siquiera. Según sus doctrinas, todo el mundo está obligado á tener lo que le hace falta, y que cada uno se las busque como pueda, que lo suyo suyo era, y su trabajo le costaba adquirirlo.

No debía este trabajo ser mucho, ni ocuparle gravemente, pues de continuo se le veía por calles y plazas, erguido y lleno de presunción, como hombre satisfecho del pedazo de dicha que le ha tocado en suerte en este mundo;

siempre de caza, al acecho, mirando á todas partes para que no se escapara á su requisa ni una sola mujer de cuantas cruzasen por alrededor, y hasta á la más larga distancia que alcanzaran sus ojos de sátiro, siguiendo á una que le chocaba, y dejándola de repente por otra que le chocaba más. De este modo, solía sucederle salir de su casa para un sitio determinado y no léjos de ella, y no llegar á este sitio en horas enteras, porque desviaba su camino llevado á remolque por una modista juguetona, que era reemplazada para hacer la escolta á una jamona de buen ver, y dejaba á la media legua por una chula provocativa, que cedía el puesto á una dama equívoca, al parecer de más facil abordaje. Y veinte veces dejaba su empresa con propósito de enmienda y decidido á llegar al sitio donde un negocio le esperaba y era el objeto de su salida, y veinte veces llegaba casi á la puerta del sitio expresado, y veinte veces volvía la espalda sin po-

derse contener, porque el roce de una falda, el contoneo de unas caderas, el relámpago de unos ojos, ó el torneado de una pierna, le obligaban á volver grupas y á olvidar sus propósitos, y le apartaban de nuevo y le llevaban á los últimos límites de la expedición. Cuando, por fin, abordaba al puerto, llegaba cansado, jadeante, cubierto de sudor, y todo su cuerpo molido, y todo su espíritu fatigado.

Así las gastaba don Andrés, rey de los piratas callejeros. Pocos lectores habrá que no le hayan visto mil veces en la Puerta del Sol.

Este género de vida jamás le causó la indisposición más leve; ni nunca el médico tuvo que pulsarle, ni el boticario despachó para él un paquete de flor de malva.

Fuera de este desarreglo de costumbres, que á fuerza de práctica formó sin duda una segunda naturaleza y constituyó un estado normal, su método de vida estaba arreglado como

un reloj, pero como un reloj que está bien arreglado, se entiende. Se levantaba á las ocho ó las nueve, segun la estación, tomaba su chocolate, despues comía á la española y cenaba tarde, cuando se retiraba para acostarse, á eso de la media noche. Tomaba su café entre dos luces, en el mismo establecimiento siempre, en la misma mesa, en la misma postura, en las mismas dósís de mezcla con leche y de terrones de azúcar, á sorbos acompasados con intermedios uniformes, finalizando con el vaso de agua azucarada y un cigarro puro del estanco, fumado con mucha prosopopeya á chupadas sujetas á medida y compás. Esto un dia, otro, otro, y todos, sin distinción de domingos ni fiestas, sin temor á lluvias ni vientos, ni al sol achicharrador, ni al frio del Guadarrama.

Así fué desde muy joven, si hombres como éste han sido jóvenes jamás, y así caminaba á viejo, si séres de tal especie llegan á viejos nunca, aunque

sean octogenarios. No hay rayo que los parta, ni disgusto que surque una arruga en su faz.

Hemos dicho que tenía muchos amigos; pero de su intimidad, ni uno absolutamente: así es que nadie sabía lo que pasaba en aquella alma de cántaro, si es que algo pasaba, si es que ni aún de cántaro la tenía. Sus amistades, por llamarlas de algun modo, radicaban principalmente en el café, en su casa jamás, porque, enemigo de etiquetas ni esclavitudes sociales, á nadie visitaba, ni nadie le visitaba á él, que esto hubiera sido sujetarse á algo, y aborrecía todo género de trabas y molestias. Por la calle y paseos siempre iba solo, á fin de que todas las buenas mozas fuesen para él: si alguno le acompañaba, por rara casualidad, era algun ente de inferior categoría, que, en vez de ir á su lado departiendo por igual, le seguía á guisa de escudero, y al que dejaba con un palmo de narices en cuanto una hembra llamaba

su atención y le hacía salir de su paso, que de ordinario era grave y lleno de majestad. Pero cuando el diablo le ponía el cebo por donde de fijo pecaba, parecía que le aplicaban espuela; se paraba de repente un momento, replegándose como el tigre ántes de arrojar sobre su presa y con los ojos fijos en la presa misma, y de pronto daba un brinco y partía como una exhalación, sin dar al escudero los buenos días ó las buenas noches.

Vivía hacía ya muchos años en la misma casa, sita algo apartada del centro, en compañía de una vieja ama de llaves, que, á causa de su respetable antigüedad y aspecto de vestiglo, se creía que casi pudiera estar asegurada de incendios por parte de su amo, si bien de esto nadie, obrando cuerdamente, debiera poner las manos en la lumbré. Se creía que en algún tiempo fué casado, al ménos tuvo en su compañía una señora que pasaba por su esposa, aunque de su boca jamás saliera seme-

jante confesión, ni la nombrara en la vida incidentalmente, ni la acompañase una sola vez á parte alguna, ni se pudiese asegurar á punto fijo. Quedó viudo, dado que fuese casado, y no le quedaron hijos, que esto hubiera sido un contratiempo, un cuidado, una nube en su siempre resplandeciente estrella. No pensaba volverse á casar ni por delante ni por detrás de la Iglesia, pero tampoco cortarse la coleta, esto es, renunciar á la persecucion del bello sexo, aunque ya era pelicano y tenía muy desarrollados los garrones, y la barriga más voluminosa de lo que conviene á un Tenorio de callejuela, y los piés más llenos de callos y juanetes de lo necesario para la carrera precipitada y el poder seguir la pista á pajaritas jóvenes que vuelan con las alas desplegadas y con vertiginosa rapidez. Porque es de advertir que á don Andrés le sucedía lo que á muchos mortales, y es que cuando mozos y rozagantes gustan de mujeres hechas, de jamonas, por

muy ajamonadas que estén, hasta de conservas, y luégo, cuando van cuesta abajo, se fijan en las pollas tiernas, en los pimpollos en flor, casi en las colegialas tobilleras que aún asoman entre los bajos el pantalón.

Este personaje era, había sido, y según las trazas seguirá siendo hasta el fin de sus días, uno de los mejores parroquianos de la célebre casa de la calle de Panaderos. Decía algunas veces, en sus momentos de expansión, que la tal casa debía ser suya, por el dinero que le habían costado los numerosos alquileres.

Acaban de dar las ocho en el reloj que sirve de montera murciana al edificio del ministerio de la Gobernación. Empiezan los días de Otoño, la estación mejor de Madrid, á fines de Setiembre. Don Andrés acaba de tomarse su café de costumbre, en el de costumbre, que es uno de los situados en la Puerta del Sol, y pretextando la atmósfera sofocante que reinaba en el

local, pero en realidad por si caía fuera algo que hacer, cogió el sombrero y el bastón, y se salió á la gran plaza central, seguido de Santiaguillo Barretas, que alguna que otra vez le acompañaba á guisa de escudero y admirador.

Este Santiaguillo era un pobre diablo, escribiente de la curia, que formaba un extraño contraste con el magnífico don Andrés. Era flaco y pequeño, de edad indefinible, vestido pobremente, raído, con las manos siempre cruzadas atrás, con la sonrisa estereotipada en sus labios, dispuesto á servir en cuanto le mandaran, y que concurría al café como pudiera concurrir á la iglesia ó á la plaza de Oriente, por distraerse, por pasar el rato, por si alguno convidaba, por si se ofrecía alguna cosa á los demás en que pudiera servirle y ganarse dos reales.

Giraba al rededor de don Andrés, como el satélite al rededor del astro,

con el instinto del débil que se arrima al fuerte, aunque el fuerte, en el caso actual, jamás le emplease en cosa que le valiese dos cuartos, ni aún hiciese caso de su compañía. Andaba don Andrés, y andaba Santiaguillo; se paraba aquél, y se paraba éste; miraba á lo que aquél miraba, ó por lo ménos en la misma dirección, sin saber lo que miraba su amo y señor, y le veía sacar la petaca, encender un fósforo, fumar un cigarro, siguiendo con los ojos las espirales de humo, sin que al coscón se le ocurriera una sola vez ofrecer una mala cigarreta al desdichado acompañante.

En esto don Andrés procedía consecuente con sus doctrinas, que, como queda dicho, eran que cada uno debe tener lo que le hace falta, y que los cigarros están en el mismo caso que el pañuelo de bolsillo, que no es costumbre, al sacarle para su uso, ofrecerle á los demás para que se suenen.

Esquina á la calle de la Montera se

paró don Andrés, que el sitio es á propósito para el ojeo, y Santiaguillo se paró también respetuosamente á su izquierda, y á medio paso de distancia, mirándole á la cara sin pestañear, como quien contempla un ídolo chino, con curiosidad mezclada de admiración.

A poco rato, y confundidas entre la multitud que á todas horas transita por aquel sitio, aparecieron dos mujeres, al parecer madre é hija. Esta última llamó desde luégo la atención de don Andrés.

Apenas habría cumplido diez y seis años; era rubia, de mediana estatura, más bien alta, de grandes y rasgados ojos azules, bellísima en extremo, vestida con modestia, que no excluía la elegancia que presta la frescura de la juventud y el encanto de la hermosura á un vestido de percal y á un sencillo manto de granadina. Entre sus blondos cabellos se destacaba una dalia blanca, colocada con coquetería cerca

de la sién, y sus manos juguetonas manejaban el abanico con el donaire coquetón peculiar de las madrileñas. La mamá presentaba el tipo genérico propio de su especie, es decir, una mamá como otras muchas, sin nada de notable.

El camastrón dió su respingo de ordenanza para ponerse alerta, como el lobo que aguza las orejas á la vista del cordero; despues se estiró los puños de la camisa y se arregló las solapas de la levita, dió tambien al chaleco su correspondiente estirón en sentido vertical, dejó pasar á las dos mujeres, clavando su mirada en la muchacha, y sin guardar consideraciones ni etiquetas con su acompañante y rodrigón, echó á andar detrás con ánimo decidido.

Santiaguillo le vió partir sonriendo estúpidamente, y se quedó clavado en la acera hasta que le perdió de vista. Despues se puso á vagar á la ventura, parándose en todos los escaparates.

La mamá y la niña siguieron á buer

paso por la Carrera de San Jerónimo y luégo por la calle del Príncipe, hasta ganar la plaza de Matute y encontrarse poco despues en la de Antón Martin, siguiendo, por último, por la calle de Atocha abajo. Allí ya la concurrencia es más escasa, y el sitio más á propósito para el abordaje.

Ningun pirata callejero que se estima un poco aborda á humo de pajas, y en cualquiera parte donde abundan los mirones y testigos, á la hembra que los lleva por banda; porque puede suceder una repulsa ostensible de aquéllas que dejan parado y en ridícula posición, el famoso paso atrás lleno de majestad y decoro, y el rodeo en línea curva por detrás del galanteador y hasta el cruce á la otra acera. Sólo los mentecatos y faltos de sentido común se exponen á estos lances y los aguantan sin dárselos dos cominos de los que se ríen al presenciirlo.

Don Andrés había observado desde el primer momento que la muchacha

era portadora de un lío algo voluminoso, y sabía por experiencia que ciertos líos encubren otros líos de índole diferente. Estudió la situación y los personajes, y creyó fácil la acometida. Cerca de la parte que da frente al Hospital de San Juan de Dios se dispuso á darla, colocándose sin más preámbulos al lado de la linda rubita.

Empezó soltando cuatro majaderías de aquellas que sabía de memoria á fuerza de repetirlas y soltarlas á troche y moche.

La mamá le hizo frente.

—Caballero, le dijo poniendo gesto de vinagre, sírvase usted dejarnos en paz y proseguir su camino, que nosotros no acostumbramos á admitir la compañía de ningun desconocido.

El galanteador de oficio no hizo caso alguno de la advertencia, ni miró á la buena señora, y prosiguió impertérrito en el floreo de cajón.

—Lucrecia, hija mia, dijo entónces la mamá, cruza á la otra acera.

Si don Andrés hubiera tenido un poco de erudición histórica, al oír aquel nombre, se hubiese acordado de la virtuosa romana, esposa de Colatino, y dado el cariz que presentaba la aventura, le hubiera tenido por de mal agüero para su negocio; pero, á tener erudición, tal vez se hubiera acordado más de otra romana, no tan virtuosa, de Lucrecia Borgia, y de fijo se hubiera atendido á la segunda.

La muchacha obedeció, y ambas pasaron rápidamente al otro lado de la calle.

No era hombre don Andrés que desmayase por un contratiempo, y cambiando también, siguió dando palique á la bella joven.

Las dos mujeres apelaron al recurso de apretar el paso; pero por mucho que corra el bello sexo en estos lances, corre más el que los provoca, aunque tenga las piernas pesadas. No dándoles resultado la carrera acelerada, se encerraron en el mutismo, que suele

ser de excelentes resultados. Con don Andrés no, porque empeñado en una aventura, charlaba por los codos, y él se bastaba y sobraba para mantener la conversación.

Por fin, las pobres perseguidas llegaron á su casa, en la travesía de Fúcar, y se precipitaron en el portal, respirando á gusto, por verse al fin libres de aquel pegajoso moscón.

Este las vió desaparecer por la escalera, se encogió de hombros, y volvió grupas otra vez en dirección á la Puerta del Sol.

Cinco minutos después ya no se acordaba de que una Lucrecia le había llevado á remolque desde el centro de la villa á uno de sus extremos.

Ni aún el nombre se le quedó en la memoria, si es que hizo caso de él cuando le oyó pronunciar.



II

COSER EN BLANCO

Lucrecia era huérfana de padre, y vivía

del escaso producto de su trabajo de costura en blanco para las tiendas de comercio y una corta pensión de seis reales que disfrutaba su madre como viuda de un antiguo empleado de la casa de un título y grande de España. A fuerza de levantarse antes que el sol asomara su disco por el horizonte y ponerse al pié de la máquina Wilson hasta las ocho de la noche, sin otro descanso que para almorzar y comer, breve y precipitadamente, conseguía, ayudada de la pobre madre en alguna cosa, ganar otros seis reales, y para ello tenía que coser dos camisas y entregarlas matemáticamente por la noche al hinchado burgués, que las pasaba una escrupulosa revista, las ponía mil defectos y gruñía media hora.

Dios no abandona jamás á los ángeles que envía sobre la tierra, y por duras que sean las pruebas á que les somete en el valle de lágrimas que se llama mundo, dales por otro lado fuerzas suficientes para resistir los contra-

tiempos y triunfar de las adversidades. Con tan reducidos elementos, y á fuerza de órden y economía, madre é hija vivían sin saber el camino de las casas de empeño, ántes bien, haciéndose de vez en cuando algun trapo para cubrirse y hasta para ir decentes. Mientras la salud no faltase y el burgués fuese tan amable que consintiese en ganar en sus camisas el cuádruplo de de lo que daba por su confección, podía vivirse con tranquilidad sin apuros y sin temor al mañana.

La máquina de coser, ha dicho no sé qué entusiasta de los adelantos modernos, ha sido el mejor regalo que la ciencia y la industria actual han hecho á la mujer.

Vamos á cuentas, que no conviene entusiasmarse sin reflexionar á sangre fria.

Gracias á la peregrina invención, se cose con más rapidez y facilidad, y no sé si se cose mejor, porque sobre este punto están divididas las opiniones.

Mientras una obrera cose á mano una camisola, por ejemplo, con la máquina cose tres, ó tal vez cuatro. Esto debía ser una ventaja para las costureras pero lo cierto es que no han tocado los beneficios, porque todo tiene su relacion. Antes se pagaba cuatro, y ahora se paga uno; total igual. La ventaja será para el comerciante que vende, y tal vez para el público que compra, aunque es más probable lo primero. Las infelices mujeres que están sujetas al jornal de un trabajo duro y mal retribuido, viven en la estrechez, tocan en la miseria, y sudan el pedazo de pan que comen, hoy lo mismo que cuando Singer, Wilsson, Howe y otros fabricantes de máquinas de coser no existían en el mundo.

Hace pocos años murió el fabricante Singer, y los periódicos, al dar cuenta de su fallecimiento, dijeron, entre otras cosas, que había legado á sus herederos no sé cuántos millones de duros. El descubrimiento, por lo ménos, no se puede

negar que ha sido de gran provecho y gran brillo para los descubridores. Antes de las máquinas, las costureras morían en un mal catre; hoy habrán mejorado, pero muchas mueren en el hospital.

La máquina de coser ha causado infinitas víctimas. Centenares de jóvenes obreras, capullos de rosa, en la fuerza de su juventud, languidecen y enferman moviendo el pedal y la rueda volante, agostan su hermosura antes del completo desarrollo, contraen vicios orgánicos que las imposibilita para ser madres, y las más débiles sucumben prematuramente, llenando la zanja común de los cementerios de las grandes poblaciones. La tísis y las relajaciones de la matriz suelen ser el premio de estas heroicas amazonas del trabajo.

Y hasta ahora nadie ha parado mientes en ello. Pues merece la pena de fijar la atención de los hombres pensadores y de los Gobiernos pater-

nales. Pero no suele abundar mucho ni lo uno ni lo otro.

En cuanto al comerciante, lo que quiere es que la mano de obra le cueste barata, para que su ganancia sea mayor, ó por lo ménos mayor la venta, porque puede hacer rebajas, lo cual da el mismo provechoso resultado para su mostrador. Si una costurera se da de baja por enferma ó muere, otra al canto, porque á docenas se presentan todos los dias pretendiendo ocupación, y hasta se buscan influencias y recomendaciones para obtener la preferencia y el privilegio de matarse á trabajar.

En la calle de la Montera, y en uno de sus mejores puntos, estaba situado el establecimiento comercial para el cual trabajaba Lucrecia.

Don Facundo Malmide es el dueño de la tienda, establecido hace algunos años en el mismo punto; que empezó con poco y pensaba acabar con mucho; retoño vascongado ingerto desde

muy joven en el nogal de un mostrador; que siendo dependiente, pasó á ser principal de un salto, sin que nadie supiera jamás el secreto merced al cual sufrió la metamorfosis, como se ignora la de muchos insectos, por escaparse á las investigaciones de los sabios naturalistas.

El vulgo es malicioso, y las malas lenguas en número infinito; pero lenguas y vulgo suelen con frecuencia proceder en sus cálculos con una lógica contundente. Aunque un hombre lleve empleados los mejores veinte años de su vida en el aprendizaje y ejercicio como dependiente comercial, sirviendo por los alimentos y vestidos y un salario pequeño los últimos doce ó catorce años, no es posible que haya ahorrado para hacer los desembolsos que exige crear un establecimiento. Ajustando cuentas, se ve claramente que ni aún en el caso de haber ahorrado el jornal por completo, de no haber gastado un solo real, hay lo sufi-

ciente para costear el pintado de la portada ó frontispicio y las letras plateadas que campan en la muestra sobre el charolado fondo negro. Y el dependiente inaugura su vida de principal con un local donde se respira el fausto y la ostentación, donde el pintor y el carpintero, el estuquista y el dorador, los grandes cristales del tamaño de los escaparates y los magníficos aparatos del gas, han consumido cuantiosas sumas. Y algo podrá tomarse á crédito, pero la mayor parte no, y se queda en el tintero la prima, que suele ser elevada, dada por traspaso al industrial anterior que cedió la tienda.

Si no hubo quien le *diese la mano*, como vulgarmente se dice, y de estos ejemplos se ven muy pocos, el vulgo y las malas lenguas sospechan que el recién establecido *metió la mano* á su principal durante el tiempo de su dependencia.

¿Y cómo es que el principal saquea-

do no pone el grito en el cielo? Porque probablemente él, á su vez, cuando se estableció, hizo otro tanto.

Desde el momento en que don Facundo se vió al frente de un almacén repleto de géneros del reino y extranjeros y jefe de cuatro ó cinco dependientes de mayor ó menor categoría, pensó que debía ir haciendo elección de esposa para tener el verdadero carácter de cabeza de familia y adquirir la respetabilidad consiguiente entre sus parroquianos y sus colegas. Para ello fijó, ántes que sus ojos y su intención en ninguna hija de Eva, en la cantidad de tantos miles de duros que a su juicio debe tener un comerciante sensato en el *Debe* de su caja, ántes de dar con su persona en la Vicaría. Una vez completa la suma, es cuando se debe buscar la que ha de ser compañera inseparable, unida con lazo indisoluble; y si puede hallarse con un buen suplemento, es decir, con buena dote, tanto mejor, que el dinero nun-

ca estorba. El casamiento se hace despues que el balance lo aconseja, y es un negocio más, que origina un asiento en el libro del Debe y Haber.

Despues de catorce años que ya llevaba establecido, el sensato comerciante aún no había realizado el último millar de duros necesario, y por lo tanto seguía soltero. Lo que nadie sabía, ni aún él mismo, cuál fuese este millar, porque cada año, al hacer el saldo de caja, lo iba elevando, á pretexto de los malos tiempos y del lujo creciente que gastan las mujeres en general, y las de los comerciantes ó burgeses en particular.

—Las hay, decía cuando pensaba en esto, que parecen duquesas por calles y paseos, y en el baile que una vez al año damos los socios del Círculo de la Union Mercantil para que las esposas é hijas se esparzan un poco y ostenten sus galas, parecen princesas más que *comerciantas*. Así suceden las *quiebras*, y no por el espinazo.

Que un hombre no se case, no quiere decir que no le gusten las mujeres; precisamente suele ser todo lo contrario: que gustándole todas, no quiere elegir ninguna.

Don Facundo tenía algo de esta enfermedad. Había hecho venir de su país una tia suya, y ella cuidaba del menaje de casa en la parte doméstico-femenina, y así no tenía gran necesidad de mujer propia para esta parte tan necesaria de la vida social. La tia era, pues, aunque inocentemente, causa del retraso en el ingreso del comerciante en la santa cofradía.

Los comerciantes vetustos y chapados á la antigua van desapareciendo ya. Aquella generación de levita honesta y zapato de oreja, que profesaba la máxima de que el buen paño en el arca se vende, y de que la buena fe es alma del comercio, ha cedido el puesto á otra generación distinta, que se riza y perfuma el cabello y se viste para estar detrás del mostrador como

si fuese á una visita de etiqueta, y que opina que los géneros deben sacarse hasta el medio del arroyo en distintas combinaciones, metiéndolo por los ojos al comprador, y que lo principal es vender mucho, sean los que quieran los medios empleados para conseguirlo.

Los dependientes han seguido también la marcha del siglo. Ya no se ven aquellos motilones modestamente vestidos con chaquetas de paño pardo y camisas de estopín como las envolturas de los fardos; que decían *mi amo* al que los tenía á sueldo, mesa y mantel, esclavos seis días y felices un domingo de cada dos, pelados á cercén, que eran llamados *horteras*, con gráfica expresión, y cuya fraseología estaba reducida á cuatro lugares comunes aprendidos de memoria, bajo las lecciones del jefe, tal como él las aprendió á su vez. Hoy forman un brillante estado mayor á uno y otro lado del dueño del establecimiento, visten cha-

qués ó americanas con arreglo al último figurín, gastan reloj y sortijas, dijes y gemelos, corbatas de seda con pasadores caprichosos de bisutería, camisas finas, siempre bien blancas y planchadas, llaman al amo, señor *principal* ó mi *principal*, salen á esparcirse todas las noches, aunque sólo sea un par de horas al café ó al billar, rompen los peines por docenas alisando sus cabelleras y barbas, se denominan *dependientes* y charlan por los codos, hasta en francés, con notable verbosidad y elocuencia arrebatadora, brotada espontáneamente por las circunstancias para convencer al parroquiano de que la tela que tienen entre sus manos, y que es una mala indiana barcelonesa, es un rico tisú venido de Persia ó de la India.

El comerciante antiguo llevaba una vida tranquila y sosegada, se desayunaba con chocolate y pan francés de la tahona de las Descalzas, comía á la hora de la bendición papal, y cenaba

media hora antes de acostarse, y se acostaba á las diez. Frecuentaba poco los teatros, sólo en ciertas solemnidades, y para contar el argumento de lo que había visto, nombraba á los actores por el nombre de los personajes que representaban en el drama: á los toros iba rara vez y apenas si conocía de nombre á Montes y á Juan León. Leía sólo el *Diario de Avisos*, ó á lo sumo éste y la *Gaceta*; hablaba con sus amigos del comercio y de las ventas, y pertenecía por lo menos á una cofradía, siendo patente de honradez y marcada muestra de honorífica distinción ejercer en ella algun cargo de confianza. Jugaba semanalmente una cédula de nueve cuartos con derecho á terno y ambo de la lotería primitiva, diabólica combinación de los primeros noventa números de nuestro sistema de numeración; daba dos reales al mes para el asilo de San Bernardino, y pasaba sus años como la ostra en su concha, como la yedra enroscada al

arbol, con un santo temor á Dios y á las diligencias y galeras de trasportes, sin volver á ver una vez siquiera ni el país que le vió nacer. Era el quietismo en toda su plenitud.

Ahora se desayuna con café y bollo de Viena, come á la moda francesa, mudando de lugar el almuerzo y la comida, y toma después otro café para disponerse á dormir, que él ya está acostumbrado y no le desvela. Concorre al teatro en butaca y refiere el espectáculo hablando sólo de la ejecucion, y citando á los actores por sus apellidos, y apenas pierde corrida, jactándose de saludar en la Puerta del Sol á Frascuelo y Lagartijo. Lee dos ó tres periódicos políticos para saber lo que pasa en la nación y en el mundo entero, disertando entre sus amigos sobre la marcha del Gobierno, y es socio de algun círculo ó casino donde se pasa el rato. Juega fuerte un billete entero de seis ó doce duros á todas las extracciones de la Lotería



nacional, con acompañamiento de algunos décimos de las innumerables rifas benéficas, y vive en movimiento continuo; principalmente el verano, viaja á París y Londres para asuntos de comercio, y á San Sebastián y Santander por razon de recreo, sin miedo á Rey ni á Roque, ni á los choques de los ferro-carriles. Es el movimiento continuo resuelto en su propia persona.

El antiguo horterilla iba los días de asueto á jugar á la pelota ó los bolos en las afueras de Madrid, con el traje de gala y los zapatos nuevos; no recibía propinas de los parroquianos ni le estaba permitido llevar sobre su persona metálico alguno, á imitación de los frailes franciscos; lo que sabían, lo sabían por referencia y lo repetían como papagayos; fumaban de escondite los más audaces, decían un chicoleo á la criada de la casa, suplían á veces la falta y ausencias de ésta para ir á la compra ó llevar los chiquillos á la escuela, llevaban mojicones y los sufrían

con santa resignación, como justo correctivo á sus torpezas y bellaquerías, y creían que sus amos ocupaban el lugar de sus padres y el segundo después de Dios.

El moderno dependiente juega al billar si es ya talludito, y concurre de etiqueta á los bailes de la Alhambra y de Capellanes; recibe lo que dan de propina, y pone mala cara si le parece poco, gustándole tener siempre un duro en el bolsillo; fuma puro en las barbas de sus jefes y galantea hasta á las señoras que van á comprar; se permite tener opinión propia y no sufre que su principal le diga una palabra más alta que otra, porque la razón siempre es de ellos, y nunca de su amo, y sólo ve en éste un hombre que le paga porque le sirve, y un padrastro que le escatima el salario y con el cual no le unen más vínculos que un simple contrato bilateral, que puede romperse cuando se le antoje á cualquiera de las partes contratantes. Ayer era la fe y

hoy es el vapor, y ya casi la electricidad, según dijo el difunto escritor Antonio Flores, cuando á mediados de este siglo escribió sus famosos cuadros de costumbres, titulados *Ayer, hoy y mañana*.

El comerciante don Facundo, que rayaba ya en los cuarenta y seis años, era una mezcla del comerciante de ayer y del de hoy, pero con más dosis de hoy que de ayer: sus dependientes pertenecían por completo al tiempo presente.

Su establecimiento se veía favorecido por una parroquia numerosa y muchos compradores de paso; sus operaciones mercantiles se realizaban en grande escala, y ya era rico ó le faltaba muy poco. ¿Qué cantidad es necesaria para que un hombre sea rico? No es fácil contestar á esta pregunta. Don Facundo no se tenía por rico todavía, y luego que era bastante llorón, achaque frecuente en comerciantes.

La confección de ropa blanca, tan-

to para señoras como caballeros y niños, según rezaba uno de los infinitos rótulos esparcidos por anaqueles y escaparates, era el ramo principal de su comercio, y en él empleaba varias obreras, que trabajaban en sus respectivos domicilios. Lucrecia era una de ellas.

Sólo hacía un mes que trabajaba para la tienda de don Facundo. Desde el momento que la jovencita se presentó delante del mostrador, acompañada de su madre solicitando trabajo, flechó al mercader, porque la muchacha tenía el dón de cautivar los corazones.

Siguiendo la máxima del gitano, que dice: «donde habites no hagas daño,» nuestro comerciante se había impuesto por norma de conducta no enamorarse jamás de ninguna de sus costureras, para no perder la autoridad de bajá que en su concepto debía tener con todos sus subordinados. Pero lo cierto es que sus firmes propósitos estaban expuestos á sufrir una excepción, pues

notaba que iba operándose un notable cambio en su persona, que deseaba llegase la hora de entrega de las prendas rematadas, y que al aparecer la jovencilla le latía el corazón con un poquito más velocidad que de costumbre, más aún que cuando realizaba una buena cuenta ó se desprendía de una *maula*, como dicen los mercaderes cuando dan salida á un género amenazado de podrirse en la cueva. Examinaba la obra costura por costura y botón por botón, casi por ceremonia, siguiendo el impulso de la costumbre, pero nunca la hizo la menor observación. Es verdad que Lucrecia tenía unas *manos primorosas* en todos sentidos, y el tendero se fijaba en esta circunstancia bajo el aspecto material, embobado en el delicado cutis y perfecta forma de los dedos, mientras pasaba revista, mirando, más que al plato, á las tajadas.

Tan entusiasmado estaba nuestro hombre, que á pesar de su reserva na-

tural, varias veces lo expresó en frases lisonjeras, tanto en presencia de su tormento como cuando no estaba delante, llegando hasta citarla como modelo de perfección en la puntada, y declarándola la primera y mejor costurera de cuantas trabajaban para su establecimiento. Lo que jamás se le ocurrió fué aumentarla en un cuartillo de real el jornal de cada prenda, porque esto jamás se le ocurre á un mercader, y aunque se le ocurra lo ahoga en seguida en lo más profundo de su corazón. Para que una hembra triunfe del libro de caja, se necesita Dios y ayuda.

Como todavía no había realizado el último talego de duros que necesitaba para casarse, claro es que al poner sus ojos en Lucrecia los desviaba bastante de la Iglesia y del Registro civil, no experimentando por ello el más leve remordimiento de conciencia, sino considerando, por el contrario, como cosa natural su torcida intención.



Para insinuarse, empezó, como queda dicho, haciéndose el amable con la muchacha y procurando que no faltase obra, y procurando tambien que constase aquella preferencia para que pudiese ser apreciada como señalado favor y prueba de la distinción que concedía. Despues aventuraba alguna galantería con toda la finura que podía dar de sí su carácter y naturaleza mercantiles, haciendo frecuentes alusiones á sus ojos y á su boca, á su cabello y á su talle, mezclando comparaciones y símiles de géneros superiores y de los de mejor calidad y surtido.

Lucrecia escuchaba con indiferencia; pero á la señora mamá, más sagaz y práctica, no le desagradaba el giro que iban tomando los sucesos.

Un día, Lucrecia estaba trabajando en su máquina, la madre acaba de limpiar un poco los muebles. De repente dijo la buena señora:

—¿Sabes que se me figura que don Facundo te tiene alguna inclinación?

Las madres tenemos buen ojo, porque ya hemos pasado por ello. Dime: ¿qué te parece si llegara el caso, es un suponer? El partido sería brillante, porque debe estar bien, ¡y luégo dueña de una tienda como aquella! Yo me alegraré por tu bien: no por mí, ya lo sabe Dios, pues para cuatro días que he de vivir... Pero me alegraré dejarte bien colocada.

La joven no respondió; casi no se enteró de lo que su madre decía. Su pensamiento estaba en otra parte. La buena señora no insistió, pareciéndole bastante con lo dicho para entrada, y tomando el silencio de su hija casi por una aprobación y consentimiento.

Entre el monótono ruido producido por la máquina y el rápido movimiento de alto á abajo de la aguja vertical, Lucrecia pasaba muchos días, horas enteras sin pronunciar palabra, y eso que se hallaba en la edad de la alegría, de la expansión y de la necesidad invencible de dar rienda suelta á la lengua.

Estaba enamorada, y no del prosáico comerciante, ni del camastrón que una noche la abordara como si fuera una ramera, ni de ningun otro de los que con más ó menos insistencia la asediaban con sus torpes proposiciones.

El objeto de sus pensamientos estaba ausente, y además ignorante del cariño que sin querer había inspirado. Era jóven que escasamente contaba diez y ocho años, estudiante de teología en el seminario de Toledo, compañero de su infancia por ser hijo del mayordomo y administrador del grande de España en cuyo palacio sirvió tambien el esposo de doña Melchora, que así se llamaba la madre de Lucrecia. A los catorce años de edad, terminados sus estudios de segunda enseñanza y obedeciendo gustoso los deseos de sus padres, el joven Rogelio pasó al seminario mencionado para seguir la carrera eclesiástica, y desde entonces no había vuelto á verle la joven costurera. En el intervalo de los cua-

tro años siguientes ocurrió el fallecimiento del padre de Lucrecia, y entonces madre é hija tuvieron que acudir al trabajo de sus manos para ganarse el sustento.

Lejos de borrar la ausencia el recuerdo del amigo de su niñez, no había hecho más que avivarle, y á fuerza de pensar en él y en los mejores tiempos en que le conoció, llegó á formar una especie de culto por el objeto amado, tanto más fuerte cuanto estaba más comprimido. Jamás se ocurrió á la joven costurera que el hombre á quien amaba tal vez no le correspondería, ni mucho menos que estaba destinado á una carrera que imposibilita la unión legal de dos corazones que se aman. Si se la hubiera hecho esta última objeción, hubiera respondido sin titubear que Rogelio no sería nunca cura. Esperaba el desenlace sin saber cómo se verificaría, pero con la seguridad del éxito, respondiendo en esto á los deseos de su alma, más que á las

probabilidades que las circunstancias ofrecían.

La madre, que ignoraba en lo que pensaba su hija mientras cosía en la máquina, y mientras no cosía también, solía volver á la carga con sus insinuaciones maternales.

—Pero, mamá, dijo por fin una vez la jovencita: ¿en qué te fundas para pensar que don Facundo haya puesto sus ojos en mí?

—¡Toma! eso se conoce á la legua.

—Pues yo no lo he conocido.

—Porque eres una tonta. Pues no hay más que verle al hombre qué ojillos tan alegres se le ponen apenas entramos por la puerta, y las delicadas atenciones que nos prodiga.

—¿Qué atenciones?

—¡Me gusta la pregunta! Primero, que siempre está alabando tu trabajo.

—¿Y qué? ¿no va todo bien hecho y rematado?

—Sí, pero los dueños de las tiendas nunca lo confiesan, á las costureras se

entiende, que luégo á los parroquianos ponen la obra por las nubes y elogian el cosido sobre toda ponderación. Despues, que nunca nos falta trabajo.

—Eso consiste en que siempre tiene muchos encargos.

—Y añade que procura despacharnos las últimas, aunque seamos en llegar las primeras.

—En eso sí que no veo la atención.

—¡Pues bien claro está, tontuela! Nos deja para lo último, porque así charla más contigo y puede con más despacio recrearse en tu persona.

—Yo creo que sueñas, mamá.

—El tiempo será testigo, hija mia. ¡Qué tienda! ¡qué escaparates! ¡qué de géneros de todas clases! ¡qué modo de vender!

Estas últimas exclamaciones no faltaban nunca.

Una noche, al hacer la entrega, el comerciante dió un pasito más.

—¿Cuándo casamos á esta buena

moza? preguntó dirigiéndose á la mamá.

—Es muy niña todavía, respondió la buena señora; tiene poco más de diez y seis años.

—De esa edad me las receta el médico, replicó don Facundo, muy satisfecho con haber soltado esta vulgaridad.

—Además, prosiguió la madre, no tiene novio todavía.

—No lo creo, dijo el mercader, porque es muy bonita.

—Es favor que usted la hace; y luego como es una pobre...

—En algo será rica, dijo con malicia nuestro tendero; y después, para enmendar lo atrevido de la frase, añadió: En gracia y perfecciones, en honradez y modestia.

—No se explica mal el hombre, pensó doña Melchora; y á todo esto la muy boba sin abrir el pico.

Y la dió disimuladamente con el pié.

—Yo me encargaré de buscarle un novio, dijo el comerciante.

—Muchas gracias, replicó la madre; pero procure usted que sea rico y buen mozo.

Don Facundo, que en concepto de buen mozo se tenía, creyó reunir las dos circunstancias, si bien la de rico aún no completamente.

—De uno sé, dijo con modestia, que si no es buen mozo, al menos entre ellos se pasea, y si todavía no es rico, puede serlo el día de mañana, si la cuerda no se rompe. Y de ese prójimo me consta que está *chalo* por los bellos ojos de la mejor de mis costureras.

Esto ya rayaba en lo sublime.

Doña Melchora no cabía de gozo en el pellejo.

—¿Lo ves? dijo á su hija apenas llegaron á casa. ¿Te has hecho bien el cargo?

—Vaya, mamá, déjame en paz con tus ilusiones. Todo lo conviertes en

sustancia. Don Facundo tiene ganas de conversación, y eso es todo.

—Ello dirá, que poco á poco se va lejos. Algún día me darás la razón, cuando yo te vea bien colocada.

Y despues añadió su acostumbrado estrambote:

—¡Qué tienda! ¡Qué escaparate!
¡Qué suerte tiene ese hombre! ¡Cuánto despacha! ¡Lo menos cae diariamente en aquel cajón!...



III

SU EXCELENCIA

EL SEÑOR DUQUE

Una vez, cerca ya del medio día,

se detuvo una elegante carretela delante del establecimiento comercial de don Facundo Malmide.

Se apeó de ella un apuesto y magnífico personaje, que respiraba aristocracia por todas sus coyunturas. Debía, en efecto, ser persona de prosapia, tanto porque su aspecto lo revelaba, cuanto porque en las portezuelas del carruaje estaban pintados escudos de armas, los caballos estaban muy relucientes, y el cochero y el lacayo muy relucientes también.

Entró en la tienda como en país conquistado. Tanto el principal como los dependientes, grandes y chicos, fueron pocos para apresurarse á atenderle.

El desconocido escogió varios géneros, tanto de seda como de punto, propios para caballero, y los pagó sin regatear. Despues sacó una tarjeta, y la arrojó sobre el mostrador.

—Está muy bien, dijo el comerciante; antes de cinco minutos tendrá vuecencia los géneros en su casa.

El excelentísimo señor saludó cortésmente, salió y montó en su carruaje, que desapareció al galope.

Don Facundo leyó entonces la tarjeta en alta voz para producir efecto entre los suyos:

«El duque del Carrascal.»

Todos los dependientes arrojaron en coro un murmullo de asombro.

—Empaquetarlo todo al momento y con mucho cuidado, añadió el principal, y que inmediatamente vaya Maúfas corriendo y se lo lleve á su casa. Aquí están las señas.

El aludido Maúfas era el menor y más moderno de los horterillas, muchacho listo y que prometía ser una esperanza de la futura generación comercial, y que por ello solía ser el encargado de llevar las compras á domicilio.

—Cepíllate un poco, le dijo su amo, que tienes los codos llenos de yeso, y pásate un peine por esa hierba que tienes por pelo, no vayas á presentarte

hecho un asco delante de todo un duque que paga sin regatear.

El dependiente pequeño se adecentó con arreglo á las órdenes de su amo, y cogió el paquete debajo del brazo.

—Toma, llévale esta tarjeta con las señas del establecimiento, le dijo el amo, que yo con la precipitación me he olvidado de dársela, y dile de mi parte que me dispense si no se la dí á su debido tiempo. Envuélvela en un papel para que no la manches con los dedos, que siempre los tienes llenos de grasa, como si estuvieses de dependiente en una tocinería. Oye, dile además que de un dia á otro esperamos remesa de géneros de la próxima estación y que vendrán cosas de gusto y muy arregladas, y que si quiere irás con muestras á su casa. A ver si te acuerdas bien de todo.

Maúfas salió á la carrera tendida, llegando en un momento al hotel de su excelencia.

El señor duque estaba ya de regreso,

y envuelto en una rica bata de terciopelo rojo oscuro, parecía como que esperaba la visita. El dependiente dijo que iba á llevar las compras hechas.

—Tíralas ahí encima de cualquier parte, y toma por tu corretaje.

Y le gratificó con una moneda de veinte reales vellon.

—¡Un duro! dijo el chiquillo por lo bajo, echándole precipitadamente al bolsillo del chaleco y tartamudeando las gracias.—No, pues lo que es yo no digo en la tienda que me han dado más que ocho cuartos, prosiguió diciendo para su colete, que luégo los demás quieren llamarse á la parte y yo sólo he de ser quien cargue con los paquetes. Que á cada uno su suerte le valga.

Hechas estas reflexiones, que indicaban las buenas dotes del chico para la profesión que había abrazado, dijo, dirigiéndose al señor duque:

—¿Tiene vucencia alguna otra cosa más que mandarme?

Maúfas era listo, y no echó en saco roto haber oído á su principal dar tratamiento de excelencia al parroquiano cuando por la tarjeta supo su categoría.

—Sí, espérate un poco; tenemos que hablar.

Su excelencia se arrellanó en un sillón, dispuesto á un interrogatorio.

—¿Hace mucho tiempo que sirves en ese comercio? preguntó.

—Pronto hará un año, dijo con mucho despejo el horterilla; para cuando llegue la vendimia.

El duque se dignó sonreirse al ver aquella sencillez.

—¿Y estás contento? preguntó de nuevo.

—Sí, señor. Aquí se está mejor que en el pueblo, aunque sólo le dejan á uno salir dos ó tres horas cada quince dias; pero no se tuesta uno al sol como espigando en el campo, ni se arrecía uno de frio como cogiendo aceituna.

—Vaya, hombre, me alegro de que te traten bien.

—Eso sí, como tratarme bien, no tengo queja; mejor, pero mucho mejor que en el pueblo, que muchas veces se pasaba uno con unas malas sopas de ajo, ó un racimo de uvas, ó dos tajadas de melón y un pedazo de pan negro más duro que un adoquín. Aquí es muy diferente. Mire vucencia, por la mañana...

Y se puso á detallar el almuerzo, la comida y la cena, añadiendo al final:

—Y á cada comida un panecillo; pero si uno tiene hambre y se come dos, no llegando á tres, el principal no se enfada.

El duque le escuchaba siempre con su afectuosa sonrisa en los labios.

—Pues no dejes de aplicarte, que bien pudiera suceder que el día de mañana te encuentres dueño de un establecimiento como el de tu amo, que probablemente empezaría lo mismo que tú. Pareces listo y despejado; toma otros veinte reales para que vayas al café el domingo que te toque salir.

El horterilla le cogió al vuelo.

—Muchas gracias, señor duque, dijo, demostrando en su semblante el contento que le embargaba. Y añadió para sí:

—Lo que es de éste, ni áun ocho cuartos ven los compañeros.

El duque prosiguió su interrogatorio.

—Puesto que estás en la tienda hace ya un año, ó cerca del año, conocerás á todas las personas que concurren á ella.

—Sí, señor, á todo el mundo. Tenemos muchos y muy buenos parroquianos, así en señoras como en caballeros, porque vendemos de lo mejor y más arreglado. Y ahora que me acuerdo, porque digo esto, aquí está una tarjeta que me ha dado el principal.

El duque la tomó maquinalmente.

—Y además me ha encargado que diga que están en camino y para llegar de un día á otro ..

—Puesto que conoces á todo el

mundo que concurre á tu tienda, interrumpió el duque, vas á decirme quién es una persona que menudea en ella sus visitas nocturnas.

—No caigo qué parroquiano ó parroquiana...

—No se trata de eso. Quien te digo debe ser costurera de la tienda. Tú conocerás á todas las costureras.

—A todas, sí, señor. A la Braulia, á la Manchega, á la Alabardera, á la Jesusa...

—No debe ser ninguna de esas. Esta es algo alta, aunque todavía muy jóven, casi una niña, rubia, y siempre la acompaña su mamá.

—¡Toma! ya caigo. Esa es Lucrecia.

—¡Lucrecia! Bonito nombre.

—La mejor costurera del establecimiento; digo, así lo dice mi principal, que yo todavía no entiendo una palabra.

—Si me contestas con acierto y me sirves con lealtad, te prometo que he de hacer tu suerte; pero repito que has

de guardar el secreto y serme fiel.
¿Quién es esa muchacha?

—Pues ya lo he dicho. La mejor costurera que tenemos.

—Corriente; pero ¿cuál es su situación?

—No lo sé; pero como el principal dice que es la que mejor trabaja, debe ganar más, al ménos á mí se me figura que debe ser así. Ello es que va bien vestida y debe estar mejor que la Jesusa, mejor que la Braulia y mejor, mucho mejor, que la Manchega. Casi casi tan bien como la Alabardera, que su marido dicen que tiene diez reales por hacer guardia en Palacio.

—¿Y tiene novio?

—¿Yo qué sé? Digo, ahora que me acuerdo, creo que no, porque no hace muchas noches que el principal se lo preguntó á su madre, y ésta dijo que no lo tenía por esto, por lo otro y por lo de más allá. Entónces mi amo se ofreció á buscarla uno, de esto sí que me acuerdo perfectamente.

El duque frunció el ceño.

—¿Se ocupa también tu principal en colocar matrimonialmente á sus costureras?

—Hasta ahora, que yo sepa, no ha colocado á ninguna; pero mi principal tiene muchas relaciones, por los muchos parroquianos y parroquianas que favorecen el establecimiento...

—Sospecho que no trataría, llegado el caso, de ir muy lejos de su mostrador á buscar lo que ha ofrecido.

—¡Cerca del mostrador! dijo el muchacho cavilando y dando vueltas á la gorra entre las manos. Como no sea Paco el dependiente mayor, para el día que piensa establecerse... Pero Paco tiene su arreglo por otra parte, y cosa ya de mucha formalidad, con prendas de por medio que comen pan y rompen zapatos, como le dicen algunos camaradas cuando están de broma. No, no, Paco de fijo que no; y si no es Paco, no puedo calcular quién puede ser.

—Ya lo averiguaremos, y tú te encargarás de ello, que para eso eres muy listo. Pero, mira, en tus pesquisas no salgas de la tienda, porque dentro de ella está el ratón.

—Yo sabré quién es, pierda vucencia cuidado. A todo esto, estoy aquí entretenido, y luégo mi principal no va á querer creer que he estado hablando con vucencia, y no me escapo sin una docena de cachetes y una buena de puntapiés.

—Yo te firmaré un salvo-conducto. Toma, aquí, en la tarjeta misma que has traído, apunto algunas frioleras que se me han olvidado esta mañana y que me las traerás de aquí á dos ó tres días, porque no me corren prisa y quiero que entre tanto aceches bien y me traigas noticias sobre lo que sabes. Mira, si te portas bien, duplicaré la propina.

A los dos dias volvió Maúfas á ver al señor duque, con los géneros nuevamente encargados.

—Tíralos por ahí encima de cualquier mueble, dijo el aristócrata como la otra vez, y vamos á cuentas.

—Sí, señor, aquí traigo la factura, dijo el horterilla buscándola en el bolsillo, si bien mi principal me ha encargado mucho que no hablase de ella una palabra si vucencia no la pedía. Importa la suma de...

—Basta; después la pagará mi administrador cuando bajes y pases por delante de la caja. Son otras las cuentas que tenemos que ajustar. ¿A cuántos estamos?

—Señor duque, creo que á 15 de Octubre, si no miente el almanaque de pared que tenemos en la tienda.

—O eres sencillo en extremo, ó tienes algo de socarrón. No me disgustaría que fuese lo último, porque los tontos para nada valen. Quiero decirte qué es lo que has averiguado.

—¡Ah, ya! Pues bien, lo diré todo. Precisamente anoche mismo estuvo Lucrecia en la tienda á entregar la obra

concluida, lo que no tiene nada de particular, porque todas las noches hace lo mismo.

—¿Y qué tienes que contarme de nuevo?

—Que el principal estuvo gastando con ella muchas bromas.

—Cuando digo yo que el ratón no está muy lejos...

—Y yo digo lo mismo; pero Paco repito que no puede ser, porque Paco está comprometido, pero muy comprometido, y con aquellas prendas de por medio que ya dije á vucencia; y es lo que yo digo, y por más que me rompo los cascos, no siendo Paco, ¿quién puede ser?

—Joven atolondrado, reflexiona un poco, y dime: ¿No pudiera ser tu mismo principal?

El horterilla abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Mi principal! ¡Bah! De fijo que no. ¡Cómo iba mi principal, todo mi principal, á una costurerilla...!

—¿Qué entiendes tú de esto, mozo? La niña vale mucho.

—No digo que no; pero mi principal vale más, porque tiene mucho dinero.

Indudablemente, el jóven Maúfas tenía las dotes necesarias para llegar á ser con el tiempo uno de nuestros primeros comerciantes.

—Ahora que estás más enterado, ya sabes por dónde has de dirigir la puntería, para tenerme al corriente de todo.

—¿Y si el principal me despide?

—Te tomaré á mi servicio, y saldrás ganando, en salario y alimentos al ménos; en pescozones y puntapiés, no te respondo. Supongo que no habrás dicho nada á nadie.

—¿De qué? ¿De los dos duros que me dió vucencia de propina? No, señor, ni una palabra.

—Pues continúa siendo tan discreto, é iremos doblando la dosis. Aquí en la factura añado cuatro duros para ti, que

te dará mi administrador ahora cuando bajes y te pague toda la cuenta. No necesito más camisetas ni calcetines, ni es cosa de que yo contribuya á hacer rico al cernícalo de tu principal; pero el domingo está cerca, y si te toca salir, date por aquí una vuelta.

—Sí que me toca, y no faltaré aunque estaba comprometido con el otro pequeño, que siempre sale conmigo, para ir á los toros. Otra corrida será; vendré aquí, que me tiene más cuenta, y que el compañero se vaya solo, ó no se vaya, y haga lo que se le antoje, que yo á mi negocio, y con lo demás nada tengo que ver.

De fijo que Maúfas ha de ser el rey de los comerciantes en los albores del futuro siglo. ¡Qué cálculo, qué aplomo, qué sensatez, qué racionio, qué pensamientos sublimes!

Lo afirmamos. Llegará á figurar en las listas entre los primeros contribuyentes.

El diablo venía á enredar las cosas

haciendo que el señor duque viniera á aumentar el catálogo de adoradores de mala intención de la joven Lucrecia.

Su excelencia pertenecía al respetable número de desocupados que pasan la vida en la corte imaginando maldades para pasar el tiempo y como presentativo del aburrimiento. Era muy rico; tenía treinta y cuatro años, pertenecía á la aristocracia de la sangre y de los pergaminos, estaba dotado de buena presencia y de gran afición á las hijas de Eva, empeñándose en aventuras y buscando lo desconocido, por el placer del enredo; derramaba el oro con verdadera prodigalidad, sobre todo en sus empeños y caprichos, y no respetaba nada, con tal de conseguir lo que se proponía.

Pasando una noche por la calle de la Montera, en compañía de un amigo, vió en la tienda á la joven costurera, y la consideró como una conquista digna de su persona y fama, y desde luego concibió el capricho con la te-

nacidad que conciben los de tal especie, creyendo el resultado cuestión de unos cuantos reales más ó ménos, según las pretensiones de la favorecida. Era casado, pero vivía con su esposa en la más cordial separación, de mutuo acuerdo, cada uno por su lado por consentimiento tácito, haciendo cada cónyuge su perfecta voluntad, sin escándalo ni escenas tempestuosas, en virtud de la ley de la igualdad de derechos; y por esto y por no dar que decir á las gentes, guardaba un poco las formas, por lo cual se limitó á pasar varias noches por la calle de la Montera, sin atreverse jamás á seguir á la joven. Por otra parte, esto de seguir olía á lacayo, y su orgullo le impedía apelar al medio comunde enamorar á una mujer. Se valió, como queda referido, de otro recurso para adquirir informes y proseguir su plan con perseverancia, pero con método; sin precipitación, pero sin perder de vista el objetivo. Lo demás era cuestión de

tiempo y vendría por sí solo, por la fuerza de las circunstancias, por el encadenamiento de los sucesos, por el fin inevitable que tienen todas las cosas.

Con arreglo á sus máximas, la conquista de una mujer era una operación aritmética, cuestión de número, de tal ó cuál cantidad. Podía costar más caro ó más barato; pero no reparando en el precio de la mercancía, es lo llano que se adquiere con preferencia al que regatea. Desde la que se contenta con un abanico, ó un par de botas, ó un vestido, con un café y tostada, y á veces con una simple promesa, hasta la que pide que la pongan cuarto, pensión para alimentos, lujo, comodidades, coche, un millón de gollerías, en fin, hay infinitos términos medios, y al emprender la aventura, nadie, por práctico que sea, puede adivinar la clasificación y á dónde irán á parar las pretensiones. Para quien es rico, como el duque lo era, esto le tiene sin cuidado.

Y como su excelencia estaba libre

de cuidados, pues desde que vino al mundo jamás conoció los contratiempos y todo se lo encontró llano, vivía en la más completa indiferencia sobre cuanto no se rozaba íntimamente con su individualidad; persuadido, como el sabio rey Salomón, que en realidad no era más que un filósofo epicúreo, que lo que comía, bebía y gozaba, aquella era su parte, y todo lo demás vanidad y aflicción de espíritu. Su mayordomo y administrador pagaba cuentas y facilitaba sumas á la primera insinuación, sin hacer observaciones; ignoraba el estado de sus rentas, pero vivía tranquilo, en la persuasión de que eran inagotables, y que en el porvenir, después de él, que viniera el diluvio, como dijo otro rey, Luis XV de Francia. No tenía hijos; pero es probable que si los hubiera tenido, hubiese obrado de la misma manera; les hubiera mandado á educar á un colegio extranjero y los hubiera dejado crecer y heredarle, si al fin quedaba algo que heredar.

La señora duquesa vivía en el gran mundo, considerada y festejada, unas veces del brazo de su marido, como colgada de una percha, y otras veces sola, según el grado de confianza ó la mayor ó menor etiqueta del baile ó reunión. Era joven todavía, bella y amiga del fausto y de la ostentación, del brillo y de los adoradores. Por último, hablaba á su marido de *usted*, y jamás le designaba por su nombre de pila, sino por el título nobiliario, hasta hablando con él. Todo esto es muy elegante.

El duque cortejaba á diestro y siniestro á cuantas encontraba á su paso, haciendo del amor al menudeo casi una profesión. Todo le parecía bien, y la variación sobre todo, porque tiene el encanto del contraste y de las emociones. En su vida de crápula y devaneos, después de arrugar los encajes de una marquesa, ajaba el percal de una modista. — Todas son mujeres, decía, y el hábito no hace al monje.

Prescindiendo del frac y del chaleco blanco, ó de la chaqueta y la faja, no hay gran diferencia entre un mozo de cordel y yo.—Tenía sus ribetes de demócrata.

Tal era este hombre, que, como queda dicho, venía á aumentar el número de adoradores de mala intención de la joven costurera.



IV

AL BORDE DEL ABISMO.

Cuando una joven está acostumbrada á ir con su madre á todos lados,

la primera vez que se ve obligada á ir sola por la calle por cualquier azar, parece que va vendida, como suele decirse.

Doña Melchora se sintió indispuesta, y agravándose algo la indisposición, fué preciso que guardase cama. Quien vive de su trabajo, vive al dia, sin ahorros para un caso de esta naturaleza, y no puede permitirse hacer frente á la adversidad, sino someterse á ella resignadamente. No se podía prescindir de ir á la tienda á entregar lo recibido y recoger el pan del siguiente dia, porque ningún comerciante del mundo lleva su amabilidad hasta el punto de enviar uno de sus muchachos á dar y recoger, así tenga media docena de más y mano sobre mano encima del mostrador. Ni se les ocurre á ellos el hacerlo, ni mucho menos á ellas solicitarlo. Es fuerza ir, no sea que pongan otra al canto y quede la infeliz cesante.

Llegada la noche, Lucrecia se diri-

gió sola á la tienda, bien provista de consejos y recomendaciones de su madre, que sólo á la fuerza cedió, quedándose en la cama con una fuerte calentura.

Desde la travesía de Fúcar á la calle de la Montera, el trayecto es largo, pero puede verificarse por calles espaciosas y concurridas. Lucrecia venía recorriéndole de ida y vuelta todas las noches por espacio ya de bastante tiempo, y debía saberle de memoria y reconocerle á ciegas; pero cuando llegó el caso de atravesarle sola, desde sus primeros pasos quedó sorprendida de que apenas sabía por donde ir. Por fin consiguió orientarse, y confusa y avergonzada, con su lío en la mano, creyendo que todo el mundo la miraba, corría, corría y corría, y de este modo, y á causa de su belleza seductora, efectivamente llamaba la atención.

Por fin llegó á la tienda, rendida y jadeante. Don Facundo, acostumbrado á verla siempre acompañada de la eter-

na sombra de la mamá, se sorprendió cuando la vió entrar sola, y preguntó la causa. Lucrecia refirió sencillamente lo que ocurría. El comerciante quedó pensativo.

— Bonita ocasión, se dijo, para acompañarla á su casa y decirla lo que tengo hace tiempo en el magín.

Pero después varió de opinión, porque el mercader se sobrepuso al enamorado.

— No puedo dejar la tienda sola.

En concepto de todo principal, su tienda se queda sola cuando él no está en ella, aunque queden una docena de dependientes.

Mientras se verificaba la acostumbrada entrega y requisa, y se disponía lo del día siguiente, acertó á pasar por delante del establecimiento el camastrón de don Andrés.

Iba, como siempre, á caza de gangas, mirando á derecha é izquierda, adelante y atrás, encima y debajo, para que ninguna se le escapase, según

la costumbre adquirida en el trascurso de tantos años.

Santiaguillo Barretas le acompañaba, dejándole respetuosamente la ace-
ra, y un poco atrás, no mucho, lo sufi-
ciente, lo que exigía su categoría in-
ferior.

El coscón reconoció al punto á Lu-
crecia, aunque ésta en aquel momento
estaba vuelta de espaldas á la calle.
Nuestro pirata callejero tenía buen ojo,
y era, no sólo gran fisonomista, sino
gran *espaldista*, para reconocer en se-
guida á una hembra á quien sólo hu-
biese visto una sola vez y desde lejos.

— ¡Calla! dijo, parándose de repente
y hablando consigo mismo, más que
con su escudero; esta es la mocita que
me llevó de banda hasta cerca de la es-
tacion del ferro-carril del Mediodía. Y
me parece que está sola.

Dió dos ó tres vueltas por las dos
puertas del establecimiento para ex-
plorar su interior y cruzar mejor los
ángulos visuales, á ver si en algún rin-

cón descubría á la mamá; y satisfecho de su examen, añadió, siempre en el mismo tono:

—No hay duda; ha venido sola. Esta es la mía; quieto España.

Se arregló el corbatín, se estiró el chaleco y las solapas de la levita, dió en el suelo dos ó tres golpes con el bastón, y se plantó de centinela. Santiaguillo se colocó á su lado, mirándole fijamente, como si le preguntara: «¿Estorbo?»

La permanencia en la tienda de la linda rubia se prolongaba demasiado, porque aquella noche, más que ninguna otra, el comerciante se complacía en dar largas á la conversación. Don Andrés daba resoplidos y vueltas y más vueltas á la corbata, al chaleco, á las solapas y á tirarse el sombrero tan pronto sobre una ceja como sobre la otra; señales todas de su impaciencia. Santiaguillo seguía mirándole, como diciendo: «¡Qué pesadez!»

Don Facundo, por medio de una

combinación de hábiles maniobras, consiguió ir llevando á su costurera, paso lateral tras paso lateral, siempre á la derecha, á un extremo del mostrador, á fin de aislarse de sus subordinados y dar palique con más libertad.

Maúfas no apartaba los ojos de su jefe, aleccionado por el señor duque, representando dentro de la tienda su papel, parecido al que desempeñaba Santiaguillo en la calle.

Don Andrés, que procuraba recatarse de las personas que ocupaban el interior, y sobre todo de la muchacha, para no *espantarla*, daba de vez en cuando su vueltecita de ojeo, para ver cómo iban las cosas, y si por las señales había esperanza de pronta salida. Viendo que ésta se dilataba, volvía á sus movimientos habituales de impaciencia, y Santiaguillo decía entre dientes, como si adivinase el pensamiento de su señor: «Yo era capaz de romper á ese tío la cabeza.»

Las insinuaciones del comerciante debían ir tomando un tinte excesivamente pronunciado, porque la joven costurera estaba roja como la grana y apenas se atrevía á levantar sus bellos ojos. Maúfas, siempre en observación, tomó acta de esta circunstancia.

—Sí, niña, créame usted, decía por lo bajo el burgués; no falta quien suspira por ese lindo palmito, y daría cualquier cosa por llamarse su dueño.

El horterilla, viendo el giro que tomaba la escena y juzgando por la parte mímica que allí debía tratarse algo de importancia, procuró acercarse con cautela, á pretexto de arreglar algunas piezas de géneros y colocarlas en los anaqueles, deseoso de sorprender alguna frase suelta. Oyó perfectamente lo que queda estampado.

—Por lo que dice el principal, se dijo, no debe ser él, sino otro. Ya lo decía yo. Pero lo que es Paco...

—Hágame usted el favor de despa-
charme pronto, decía la rubita, porque

esta noche tengo más prisa que nunca, porque mi mamá me ha recomendado que vuelva pronto, y se ha quedado enferma en cama.

—Voy en seguida, picaruela. Con que vamos á ver, ¿no me dice usted nada?

—Pero, ¿qué quiere usted que le diga?

—Debe usted haberme comprendido, que no tiene ojos de tonta.

Y el comerciante arrojó un suspiro del género amatorio, con toda la finura de que era capaz.

—¿Me jura usted guardarme el secreto? insistió el galán.

—¿Qué secreto?

—De lo que voy á decirle.

—Lo que le ruego á usted otra vez, es que me despache pronto, porque ya sabe lo que pasa.

El comerciante se acercó un poco más, y dijo en voz lo más baja posible:

—Soy yo, yo mismo, lindísima rubita, el que suspira por usted.

Lucrecia estaba de cada vez más encendida, y empezó á anudar rápidamente el pañuelo donde llevaba la labor.

—No lo eche usted en olvido, prosiguió el comerciante; estoy tan enamorado de usted, que no sé lo que me pasa ni lo que hago. Nada me sale con concierto desde que la quiero á usted, y padezco frecuentes distracciones. Me sucede que al medir las telas á los parroquianos, pierdo el pésquis, pensando en usted, que no se me aparta de la memoria, y en cada vara les siso un palmo. ¡No sé lo que va á ser de mí!

La joven concluyó de atar su paquete, dió las buenas noches balbuceando, y salió de la tienda aturdida. Tan confusa se encontraba, que, en vez de tomar la verdadera dirección de la calle abajo, tomó la contraria, por la calle arriba.

Don Andrés se puso en movimiento. Santiaguillo murmuró:

—¡Gracias á Dios!

El comerciante siguió con la vista á su costurera, sonriéndose galantemente, por si acaso ella volvía la vista, que viese la despedida que su alma enviaba; pero la muchacha no tuvo por conveniente complacerle, y salió sin volver la cabeza.

Don Facundo observó que la joven, en vez de tomar el camino ordinario y recto para su casa, tomaba el opuesto, y se quedó suspenso y caviloso.

—¡Voto á!... exclamó: ¡si la estará esperando en la calle alguna sombra chinesca!

Y sintió el aguijón de los celos.

--¡Maúfas, ven aquí!

Acudió al punto el horterilla. El celoso mercader dió rienda suelta á sus sospechas, y no supo contenerse ni conservar toda la sangre fria de un principal delante de su dependiente.

—Corre y ve detrás de Lucrecia, para saber dónde va. Despacha, síguela de modo que no te vea, y ven corriendo á decirme lo que ocurra. Va

por la calle arriba; anda, aunque sea sin gorra, que no te constiparás, antes que se escabulla entre la gente.

Nuestro hombre no estaba ya para reflexionar, y su semblante y ademanes dejaban ver lo que agitaba su corazón.

Maúfas se plantó de un brinco en la calle, y corrió en la dirección que se le había indicado.

Lucrecia seguía la que conduce á la denominada Red de San Luis, nombre con que se conoce el extremo elevado de la calle de la Montera, y que en algun tiempo se llamó así; su paso era precipitado, aturdida siempre por lo que acababa de oír. No es hoy frecuente en las muchachas que se asusten por una declaración de amor más ó menos fina, más ó menos grotesca; pero hay excepciones.

Don Andrés, como queda dicho, desde que vió salir á la que esperaba, se puso en movimiento y la siguió. Santiaguillo, al verlo marchar como siempre, sin decir buenas noches, se dijo:

—No, pues lo que es esta noche no me voy yo por otra parte, sino que me voy detrás. Quiero saber cómo se las arregla este buen señor para conquistar á las mujeres.

Y añadió á la escolta su contingente, aunque á cierta distancia del astro principal y de la estrella de cola.

Cerca ya de la calle de Jacometrezo, casi en la esquina y confluencia de tres calles, se detuvo la joven, mirando á todos lados y extrañando el sitio donde se encontraba.

Don Andrés se plantó delante, y disparó la primera andanada.

—Me alegro ver á usted tan solita, dijo, porque así hablaremos sin testigos, y yo tengo muchas cosas que decirle. Sigamos adelante.

La rubita no puso atención en aquellas palabras, preocupada como estaba y no sabiendo qué dirección tomar.

—Perdone usted, caballero, dijo aturdida, pero creo que me he perdido, y no sé cuál es el camino de mi casa.

—¿Dónde vive usted? preguntó el pirata callejero, haciéndose de nuevas, pues lo sabía perfectamente.

—En la travesía de Fúcar.

—Pues por aquí es el camino más corto; y señaló con el bastón á la calle de Fuencarral.

En un momento concertó su plan de ataque, y por eso indicaba el camino opuesto.

La joven siguió en la dirección señalada en compañía de don Andrés. No se atrevió á rogarle que se retirase, pues no le conoció, y le juzgó un caballero formal.

—¿Hace poco tiempo que está usted en Madrid? preguntó el terrible Tenorio.

—Al contrario, caballero, soy madrileña, y jamás he salido de aquí. Pero siempre que necesito salir á la calle me acompaña mi mamá, y soy tan torpe, que no me fijo en las calles. Esta noche ha sido una casualidad que salga sola.

—Bueno es saberlo para aprovecharla, dijo para sí el camastrón. Y después prosiguió en voz alta:

—Lo mejor será que yo acompañe á usted hasta dejarla en su casa, porque en este Madrid hay muy mala gente, y cuando ven á una joven sola...

Santiaguillo, que iba á cuatro pasos, decía:

—Este hombre en seguida arma conversación. No parece sino que la conoce desde que nació, según la confianza con que se ha puesto á su lado y va en su compañía, charlando más que un sacamuelas. Esto es muy divertido. Adelante.

Por su parte, Maúfas decía, rascándose la cabeza, que llevaba al descubierto, como queda referido:

—Esto se complica. Creo que mi principal y el señor duque se quedan los dos iguales. Sigamos.

Ninguno de los actores de aquella escena callejera había reparado en un nuevo personaje que formaba parte del

cuadro, confundido entre los transeuntes. Era el señor duque, que paseando por frente de la tienda había visto también á la muchacha, y deteniendo su paso, se puso en acecho en la acera de enfrente. Situado en un observatorio mejor, pronto reparó en don Andrés, y adivinó lo que éste esperaba. Picado por la curiosidad, siguió por la misma acera donde se encontraba para observar los acontecimientos, no atreviéndose á abordar á la rubia por temor á las conveniencias sociales, y esperando poder verificarlo más adelante y en mejor ocasión. Cuando vió que el otro se acercaba con tanta franqueza, creyó que se trataba de personas conocidas, y contrariado, siguió á la pareja en su vuelo.

La paloma y el gavián siguieron andando, y ya se encontraban en la calle de la Luna. Lucrecia se detuvo, y dijo:

—Desconozco esta calle, y me parece que por aquí no se va á mi casa.

—Por todas partes se va á Roma, contestó don Andrés. Sin duda usted tendrá por costumbre ir por otro camino; pero éste que llevamos es más corto y mucho mejor.

Prosiguieron la marcha.

—¿Si se irán á paseo fuera de puertas? pensó Santiaguillo.

—Si siguen sin torcerse, pensaba Maúfas á su vez, llegarán á la travesía de Fúcar el día del juicio por la tarde.

Caminando cuesta abajo, la pareja se encontró en la esquina de la calle de Panaderos.

—Por aquí, dijo don Andrés, por la acera de la izquierda. Pasada esta calle, allá en el último farol, está justamente la de usted.

Lucrecia, confiada, creyó lo que aseguraba su guía, y obedeció.

—¡Qué oscura y qué solitaria es esta calle! dijo Santiaguillo. Me da el corazón que aquí es donde don Andrés hace de las suyas. Esto es de cada vez más divertido.

Y siguió la corriente.

El horterilla se fijó en el rótulo que indicaba el nombre de la calle.

—Calle de Panaderos, dijo leyendo. Me gusta el nombre, porque me despierta el apetito. Creo que aunque todavía no es hora, cenaría de buena gana.

A los pocos pasos, siguiendo por la acera expresada de la izquierda, llegaron á la altura de un portal de modesta apariencia, sin farol, iluminado solamente por la débil claridad que atravesaba del colocado más adentro, por los cristales de color de una cancela.

Allí se detuvo de repente don Andrés, para decir con mucha seriedad:

—Creo que ya hemos llegado á su casa.

—No, está usted equivocado, no vivo aquí, dijo la costurera con su angelical candidez.

—Usted es la que, por lo visto, ya no se acuerda dónde vive, replicó el taimado sin abandonar su aplomo.

Puede usted pasar adelante, que yo la acompañaré por la escalera hasta dejarla en la misma puerta de su cuarto.

—¡Caballero, replicó la joven alarmada, repito que se engaña usted!

E hizo ademán de seguir por la calle adelante.

—¡Adentro todo el mundo, y salga el que pueda! gritó el canalla, apelando á su sistema de empujones, que era su última razón en estos lances, y muchas veces tambien la primera.

Lucrecia arrojó un grito al verse objeto de agresión tan brutal. El pirata callejero, abusando de sus fuerzas y de la debilidad de su víctima, casi había conseguido ya arrastrarla al oscuro portal.

—Bueno es ver para aprender, dijo Santiaguillo, acercándose con curiosidad. ¡No me parece mal modo de conquistar á las damas!

El horterilla se quedó parado en la acera de enfrente, y decía por su parte:

—¿Si será su abuelo? Al ménos,

parece que tiene sobre ella tanto mando como mi principal sobre mí.

—¡Atrás, infame! gritó una voz.

Era el duque. Indignado por lo que veía, ó porque no era él el actor principal del drama, que esto sólo él lo sabría, se interpuso con los ojos centelleantes y pálido de coraje.

Al proferir aquellas palabras, levantó su bastón para descargarlo sobre el gavilán. Este volvió la cabeza, vió el peligro, y se ladeó rápidamente. El golpe vino á caer de lleno sobre las costillas de Santiaguillo, que estaba cerca de su señor, y con el movimiento de éste quedó al descubierto.

—¡Agua va! gritó el curial, al sentir el bastón sobre su persona. ¡Huéleme que aquí va á haber palos!

Y encogiendo las espaldas, para evitar la repetición, corrió por la calle arriba como alma que se lleva el diablo.

—Ya he visto bastante, decía en su veloz carrera. Estas aventuras deben

ser para caballeros, y no para aprendices de escribano.

—¡Calla, pues si es el señor duque! dijo el horterilla sorprendido y reconociéndole á pesar de la distancia y de lo mal que alumbra el gas madrileño. ¡Vaya unas propinas que da esta noche su excelencia! No se parecen á las que me da á mí cuando voy á su casa á llevarle géneros y á soplarle chismes. Volvamos á la tienda, no sea que, como es tan generoso, reserve algo para mí de la leña que reparte.

Y dió media vuelta para tornar al establecimiento.

A los gritos acudieron dos guardias de órden público, que separaron á los contendientes. Al propio tiempo, la cancela de cristal de colores se abrió por la parte interior, y aparecieron dos siluetas. Un hombre y una mujer que salían recatándose el rostro con sus abrigos y pañuelos, y que al ver gente extraña á la puerta del portal, se detuvieron de repente.

Pero sintiendo que por la parte interior se abría la puerta de la portería, ó sea el despacho de billetes, ó más bien de llaves, y que se encontraban entre dos fuegos, se decidieron y franquearon el umbral en dirección á la calle.

—¡Mi esposo! exclamó en voz baja la sombra femenina. ¡Huyamos de aquí!

El duque, á pesar de lo sobrexcitado que se encontraba por el lance, no pudo menos de fijarse en la dicha sombra, que pasó rozando con él, y que, enteramente cubierta la faz, corrió por la derecha de la calle, desapareciendo como una exhalación, seguida de la sombra masculina.

—¡Es cosa particular! murmuró su excelencia: me parece que el vestido que lleva esa señora le he comprado yo en la calle de Espoz y Mina, y no hace mucho.

Pero al punto se tranquilizó recordando que su señora acostumbraba á vender á las prenderas todas sus ropas

á los ocho dias de adquiridas, pretextando estar pasadas de moda, y con el producto comprarse otras, y que el vestido en cuestión contaría ya dos semanas de fecha, por lo que era evidente que había pasado de dominio y pertenencia á quien lo hubiera comprado. En cuanto á las precauciones tomadas para taparse, era moneda corriente á la puerta de aquella casa, y esto el señor duque lo sabía muy bién, por ser uno de sus más asíduos parroquianos.

Lucrecia, entre tanto, aprovechando la confusión, había desaparecido.

La persona que salía del despacho de entradas, y que obligó á la misteriosa pareja á optar por el camino del frente, era una mujer de alguna edad, pero fresca todavía y de buén ver.

—¿Qué es esto? exclamó cuadrándose en la puerta del portal. ¡Escándalos aquí, en mi casa; aquí, donde jamás se oye una mosca y no viene más que gente decente!



—No tenga usted cuidado; retírese, que aquí estoy yo, dijo el duque adelantándose.

En efecto, su excelencia era un ejemplo de lo que la mujer frescota aseguraba. Don Andrés también era una persona decente, y por lo tanto, otro ejemplo; pero á veces las personas decentes se olvidan de que lo son, y se conducen como patanes.

—Buenas noches, señor duque, dijo la mujer. Me retiro, como usted manda. ¿Quiere usted pasar á descansar? Los dos principales exteriores están desocupados y á su disposición. ¿Viene usted solo?

—Es una casualidad que me encuentre en este sitio. Digo, tanto como por casualidad, no, porque estoy viniendo casi todas las noches.

—Poco á poco, señor mio, dijo don Andrés muy sofocado; en cuanto á eso, no me gana usted á mí. Llevo ya más de medio siglo de parroquia, y debo ser más antiguo, porque soy más viejo,

y por mucho que usted haya madrugado, no puede haberme cogido la delantera.

—¡Qué veo! dijo la mujer propietaria del hotel en cuestión; ¿es usted, don Andrés? ¡Vaya, pues si los dos son ustedes personas de fundamento! Pasen ustedes, y si tienen alguna cuestión que ventilar, dentro pueden arreglarse.

—¡Qué está usted diciendo, señora! dijo el duque amostazado. En tantos años como hace que vengo aquí, ¿ha visto usted que nunca haya venido acompañado de individuos de mi sexo?

—Pues en lo que toca á mí, replicó don Andrés, tampoco me hacen tilín las conquistas con barbas, no digo de duques, sino del mismo rey de Babilonia.

—Buenas noches, dijo su excelencia, saludando con la exquisita finura que le caracterizaba; ya nos veremos otra vez, caballero; confío en ello.

—Si usted viene mucho por este sitio, no será extraño que nos veamos